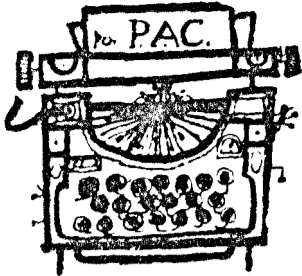


El Papa y "El Padrecito"

Dos enfoques sobre la Iglesia de hoy



El acontecer de esta semana nicaragüense pudiéramos colocarlo —como encerrado en paréntesis por dos hechos: el trascendental de la llegada de un Papa por primera vez a América y la proyección de una película de Cantinflas titulada: "El Padrecito". En medio de estos dos signos, aparentemente sin relación alguna fuera de su coincidencia de tiempo, la actualidad nacional ha sido de escándalo; triste revelación de la inversión de valores que está destruyendo moralmente a Nicaragua de arriba abajo.

El viaje de Pablo VI, que por sí mismo es historia, cobra una altura inconmensurable si se le suma el valor único, sin paralelo, de su discurso ante las Naciones Unidas. Cercano a la fecha colombina, ese viaje de la nave de Pedro hacia la Paz, ese venir a hablar al mundo entero desde América— como quien anuncia un misterioso cambio o traslado de las órbitas de la historia universal—; ese acontecimiento de un Papa que vuelve a asumir —ahora en la más plena espiritualidad— la rectoría del mundo moral; ese grito emocionante y lleno de fuego de Pentecostés (pronunciado aquí, a este lado del Atlántico): ¡"Nunca jamás guerra! nunca jamás guerra!"; esa autoridad sin fuerza, milagro que sólo el ciego no ve, capaz de colocarse en la cabecera de todas las naciones del mundo reunidas, autoridad que no tiene, ya no digamos bomba atómica alguna, pero ni siquiera un solo rifle moderno para respaldarse y que sin embargo hizo ante su voz un silencio universal de atención y de respeto: todo eso señala en quien lo produjo ALGO que el hombre sabe lo que es, aunque trate de negárselo.

Fue impresionante el modo como Pablo VI lo dijo sin decirlo ante la expectación del mundo. "Este que os habla —dijo— es un hombre como vosotros; es vuestro hermano y hasta uno de los más pequeños...". Pero luego de identificarse en su realidad humana, humilde y miserable como la de cualquiera, la Autoridad misteriosa que está en él, exclamó: "Y sin embargo, nosotros os lo decimos y todos vosotros lo sentís... ¡Oh, sabéis bien quién somos!"...

Sí. Lo sabe el mundo, aunque lo niegue. Quien puede colocarse sin bomba atómica y sin soldados en ese lugar único, quien puede hablar con esa autoridad en el propio templo político de las naciones y llenar con su discurso los titulares de todos los diarios y las pantallas de todas las televisiones y las ondas de todos los radios: ES CRISTO!

Al otro lado del paréntesis, el mayor cómico de nuestra lengua, alcanzando, como pocas veces, una calidad de humor humanista extraordinaria, encarnó la figura de un curita de pueblo que se entrega, con las armas espirituales renovadas por el Concilio y equilibrando el humor y el amor, a una lucha contra el mal nuestro de cada día, contra la autoridad que abusa, contra la mala fe que supone pero oculta la fe, contra la rutina, contra la superstición...

Y sea así que se mire a la Iglesia, o en la inmensa altura de lo serio y tremendo del acontecimiento papal, o en la vasta llanura del gran público le los cines atraídos por el humor de Cantinflas: algo irradiante e inusitado brota de ella y brotando ilumina los cuatro costados de la historia.

Lo interesante es que esa luz no deviene de una construcción espectacular sino de semillas de germinación más bien oculta. El Reino de Dios, que produce esa luz, no es Poder que impone por la fuerza un estado de cosas o que busca un éxito visible o siente su respaldo en el número y en las demostraciones de masas. Es una fuerza interna cuya medida de penetración sólo se aprecia en ciertas circunstancias como esas, tan dispares, que acabamos de comentar. Esa luz brota de la "dinámica evangélica de lo pequeño" y así —¡ya lo hemos visto otras veces!— mientras aparentemente conquista el mundo el ateísmo militante del Comunismo, allí mismo, por debajo, incluso en los mismos países comunistas, sigue creciendo y quizás con más fuerza espiritual que nunca la otra semilla de incesante germinación.

La historia de la fe es, por eso, desconcertante. "Abraham era un contemporáneo de Hamurabi que pasó inadvertido; —dice Eugenio Walter—. Pero no fue el Código de Hamurabi, sino la Fe de Abraham lo que resultó semilla de la historia". Y el caso de Abraham es el caso constante de la vida de la Iglesia y del modo de operar de Dios en la Historia.

Cada siglo, salvo excepciones, —viendo el acontecer desde los ojos del mundo— el cristianismo parece combatido o enfrentado por un obstáculo o por un enemigo insuperable. El diagnóstico humano es siempre el mismo: la Iglesia está en agonía. Pero a la vuelta de esquina del siglo vemos lo contrario: que lo que estaba en agonía era tal o cual imperio o nación o doctrina o movimiento que hasta ese momento parecían en todo su apogeo. Que era Hamurabi el que estaba en agonía y no Abraham.

"Las grandes notencias

son como la flor de los prados...

Los imperialismos

son como el humo...

3 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

canta Ernesto Cardenal en sus SALMOS, y agrega:

“Yo ví el retrato del dictador en todas partes

—Se extendía como un árbol vigoroso—

y volví a pasar

y ya no estaba . . .

Lo busqué y no le hallé . . .

Lo busqué y ya no había ningún retrato

y su nombre no se podía pronunciar”.

PABLO ANTONIO CUADRA